

CRUCES VITALES

GRÁFICA Y POESÍA EN

ACCIÓN

Nº 2. Reimaginar lo viviente

CRUCES VITALES
GRÁFICA Y POESÍA EN *ACCIÓN*

Nº 2. Reimaginar lo viviente

Prólogo

Sabina Florio, Renata Bacalini y Cynthia Blaconá



Centro de Estudios y Creación Artística en Iberoamérica - CECAI

Cruces vitales : reimaginar lo viviente / compilación de Sabina Florio ; Cynthia Blaconá. - 1a ed. - Rosario : Asociación Civil Asociación de Graduados en Letras de Rosario, 2021.

Libro digital, PDF - (Gráfica y poesía en acción / Cynthia Blaconá ; Sabina Florio ; 2)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-45578-8-9

1. Poesía. 2. Ecología. 3. Medio Ambiente. I. Florio, Sabina, comp. II. Blaconá, Cynthia, comp. III. Título.
CDD 861

Diseño de tapa y maquetación: Cynthia Blaconá

Asociación de Graduados en Letras de Rosario

Venezuela 455bis – S2008DGZ – Rosario – Santa Fe – Argentina

e-mail: agletr@gmail.com

website: www.letrasrosario.org

Libro Digital



Sabina Florio

<https://www.cecai-unr.com.ar/>

<https://sabiflo05.wixsite.com/website>

Cynthia Blaconá

<https://blaconacynthia6.wixsite.com/website>

Renata Bacalini

Ivana Incorvaia

Julia Sabena

INDICE

Prólogo. Sabina Florio, Renata Bacalini y Cynthia Blaconá	1
GRÁFICA <i>Reimaginar lo viviente</i>	
Pablo Javier Colaso. <i>No al Ecocidio</i>	3
Moreyra Diego Greco. <i>Renacer</i>	4
Florio Sabina. <i>Voraz</i>	5
Rippa Laura. <i>La Quema</i>	5
Navarro Cortez Ignacio. <i>El progreso trae muerte</i>	6
Peral Marcela. <i>Volver a cuidar...</i>	7
Esteban Liliana. <i>Rumbo incierto</i>	8
Philipp Marcela. <i>Ley de humedales ya!</i>	8
Martínez Joana. <i>Humedales en Llamas</i>	9
Tassinari Romina. <i>Reconchar todo de nuevo</i>	10
Crespo Gonzalo. <i>Con estas cenizas</i>	11
Benítez Fani. <i>¿Mi hogar?</i>	12
Molinas Sara María. <i>Humedal en llamas</i>	12
Di Bari Daniela. <i>Aire para respirar</i>	13
Cacciatori Caterina. <i>We thought we could become queens and kings filling air, soil and water with aromatic rings - but it isn't a game of chess and we just made a big mess</i>	14
Blaconá Cynthia - Rodríguez Jimena. <i>Ecos</i>	14
Galimberti María Soledad. <i>Pena y olvido</i>	15
Comunetti Catalina. <i>Un muerto del futuro</i>	16
Alexstudio. <i>Creatura</i>	16
Costa Roxana Haydeé. <i>Berretta. 2501 (Parte de la Serie Naturaleza redefinida)</i>	17
Conforti Florencia. <i>Antes había mucha agua acá</i>	18
Guarneri Duccio. <i>Overpopulated Gioconda</i>	19
González Roberto. <i>Esperanza</i>	20
Olguin Cristina Andrea. <i>Naturaleza devastada</i>	20
Antunes Clara. <i>Sin título</i>	21
Di Carlo Rodolfo. <i>Oriri</i>	22
Caleca Paula. <i>Ley Natural</i>	23
Jiménez Luévano Fernando. <i>A punto de desaparecer</i>	24
Schienze Augusto. <i>Cyber:)Pach@Mom&Punk (CyberPachamamandPunk)</i>	24
Tamuch Yamile Edith. <i>La Ofrenda</i>	25

Sassano Rubén. <i>Agua del Río</i>	25
Castaño Vera Cristian Emanuel - Jáuregui Ermelinda Maribel. <i>Inmersión.</i>	26

POÉTICA Reimaginar lo viviente

POEMAS

<i>Epitafio para esta Tierra nuestra.</i> Daniel Antonio Illuminati	27
<i>APOCALIPSIS AHORA.</i> Matías Castagnino	28
<i>El asfalto ultrajado.</i> Eduardo Daniel Valverde	30
<i>Distopia?</i> Marlene de Fáveri	32
<i>Maino'í.</i> Rodrigo Villalba Rojas	34
<i>Al río.</i> Ariel Navarro	35
<i>Corazones en extinción.</i> Augusto Schienke	36
<i>Camalote.</i> María Guadalupe Ispani	38
<i>Los profanadores.</i> Julián Cavallaro	39
<i>Amaranto.</i> Luciana Andrea Luraschi	40
<i>Las nubes.</i> Nerina Thomas	41

CUENTOS

<i>Un carpincho en Nordelta.</i> Micaela Belén Silva	42
<i>Chiquero.</i> Sofía Dobniewski	45
<i>El sentimiento de haber nacido entre el yuyal.</i> Carla Leonela Zambito	48
<i>Ofrenda.</i> Hugo Díaz	51

DISEÑO AFICHES DEL ENCUENTRO del Diseñador Gráfico Gonzalo Hernán Gigena	52
---	----

Prólogo

Sabina Florio, Renata Bacalini y Cynthia Blaconá

El proyecto histórico de los vínculos

En su indispensable libro *Contra pedagogías de la crueldad* Rita Segato¹ nos recuerda que hay dos grandes proyectos paralelos y en pugna, el proyecto histórico de las cosas y el proyecto histórico de los vínculos. El primero, acuñado en la Europa moderna occidental, se sostiene en el yo individual y en rivalidad constante con sus semejantes y todo lo viviente, en tanto que el segundo se sostiene en el devenir comunitario, solidario y afectivo. Es desde ese registro que, desde el Centro de Estudios y Creación Artística en Iberoamérica (CECAI) en articulación con la Associazione Latinoamericana de Cremona, Italia, pensamos en la convocatoria gráfica y literaria.

Reimaginar lo viviente

Esta Convocatoria se propuso como una instancia de deliberación y acción sobre la catástrofe ecológica que nos rodea y envuelve. Pensamos que, ante tal evidencia, resulta indispensable y urgente reflexionar sobre los modelos de desarrollo, los modos de vida, los imaginarios ecológicos y sus consecuencias, entendiendo los temas del medio ambiente como temas sociales y políticos, e integrando lo humanx a la naturaleza y a la comunidad de lo viviente desde una correlación ética entre medios y fines. En esa dirección entendemos que tornar visibles aquellas naturalizaciones que el extractivismo depredador ha ido construyendo a través de un “sentido común”, regido por los mandatos del capitalismo cognitivo, implica un posicionamiento ético y estético. Como sostienen Arnaiz, Elorriaga y Rementeria, “Nuestro sistema de producción capitalista global (su lógica cultural) está íntimamente entroncado con los modos de pensar y actuar en el mundo, hasta el punto que, en el orden del imaginario de las nuevas temporalidades y espacialidades, deviene complicado ‘imaginar’, tan sólo, que cambios (re)integrar en nuestros modos de vida”.²

Continuando con la propuesta de la serie *Cruces vitales. Gráfica y poesía en acción*, para este segundo número que recopila las producciones presentadas en la convocatoria gráfica y literaria “Reimaginar lo viviente”, quisimos seguir debatiendo, desde el arte, sobre temáticas que nos interpelan como actores sociales. Creemos en la relevancia del arte y la literatura como un espacio para cuestionar, reflexionar, imaginar, crear y construir. Por ese motivo, les invitamos para pensar juntas, a través de producciones gráficas y literarias, sobre algunas temáticas que están vigentes a nivel mundial y que nos movilizan como habitantes de este planeta, como lo son la ecología, el medio ambiente, la naturaleza, lo viviente.

¹ Segato, Rita (2018). *Contra-pedagogías de la crueldad*. CABA: Prometeo Libros.

² Arnaiz, Ana, Elorriaga, Javier y Rementeria, Iskandar (2015). “Formas de la ideología en la escala (del paisaje) de la cultura. La memoria (resiliente) de lo político en el arte”. En: Raquejo, Tonia y Parreño, José María (eds). *Arte y ecología*. Madrid: Universidad Nacional de Educación a Distancia.

Desde Rosario, ciudad donde está radicado uno de los Centros de Estudios organizadores de la propuesta, nos interesa especialmente hablar acerca de estos temas, ya que estamos en uno de los tantos espacios que se está viendo afectado por la quema indiscriminada de territorios, de humedales, de ecosistemas. Desde hace años estamos enfrentando la quema de las islas del delta del Paraná y reclamando para que los diferentes niveles del Estado intervengan con acciones concretas que detengan estas prácticas. En parte, este libro es una denuncia del ecocidio que se está llevando a cabo en nuestra zona de un patrimonio natural de la humanidad. Y, a su vez, se suma a muchas otras voces que están reclamando por la necesidad de modificar las prácticas que generan la destrucción de nuestro medio ambiente y que priorizan el bienestar económico de unos pocos por sobre el respeto a la naturaleza.

Entre las lecturas que se presentan en el libro se van a encontrar con once poemas y cuatro cuentos que incluyen imágenes de la naturaleza en todas sus variantes y modos posibles de retratarla en un escrito. Podrán leer textos que la representan en toda su magnitud, a través de imágenes sensoriales que nos invitan a habitar diversos espacios, conocer su belleza y relevancia; otros que se focalizan en algunos de sus aspectos, en algunos de sus componentes: aves, plantas, territorios, suelos, geografías. También hay textos que denuncian su destrucción o realizan una proclama para defenderla. Utopías y distopías, reclamos y acciones, polémicas y acuerdos, ánimo y desánimo, gritos y silencios.

Entre las treinta dos gráficas presentadas en esta oportunidad nos encontramos con producciones que tematizan los efectos del capitalismo salvaje en la vida común, conflictos de contenido social e ideológico, así como un posicionamiento crítico ante las degradaciones ambientales. Representaciones que interpelan problemáticas locales, regionales y mundiales, como así también imágenes inspiradoras para pensar una sociedad sostenible a través de valores como la reciprocidad, la cooperación y la complementariedad. Resuenan figuras como Berta Cáceres, líder indígena lenca, feminista y activista del medio ambiente hondureña, ilustraciones acuciantes de lo que trae el progreso, la voracidad de los capitales financieros sobre el monocultivo de soja a sabiendas del daño que produce y de que es un factor determinante de los cambios socio-ambientales en nuestra región.

El cuestionamiento sobre el progreso sin detenerse a pensar en sus consecuencias, el debate sobre el cambio climático, el reclamo sobre la gravedad de la polución y la contaminación son temáticas que abundan en cada uno de los trabajos artísticos y literarios.

Con el objetivo de continuar pensando formas de actuar, de participar, de construir herramientas para trabajar en lo colectivo, invitamos a recorrer estas páginas y así encontrarse con múltiples formas en las que se representó a la naturaleza, la ecología, nuestro planeta y sus necesidades.

Por la defensa del medio ambiente, de los humedales, de nuestro planeta; esperando leyes que respeten estos espacios para respetar así nuestra propia existencia y el espacio en el que vivimos.

¡Ley de humedales ya!



Pablo Javier Colaso. *No al Ecocidio*. Rosario. Argentina. 2021



@quesealeydehumedales

ARTISTA @kallfviuke

Moreyra Diego Greco. *Renacer*. Rosario. Argentina. 2020



Florio Sabina. *Voraz.* Rosario. Argentina. 2021



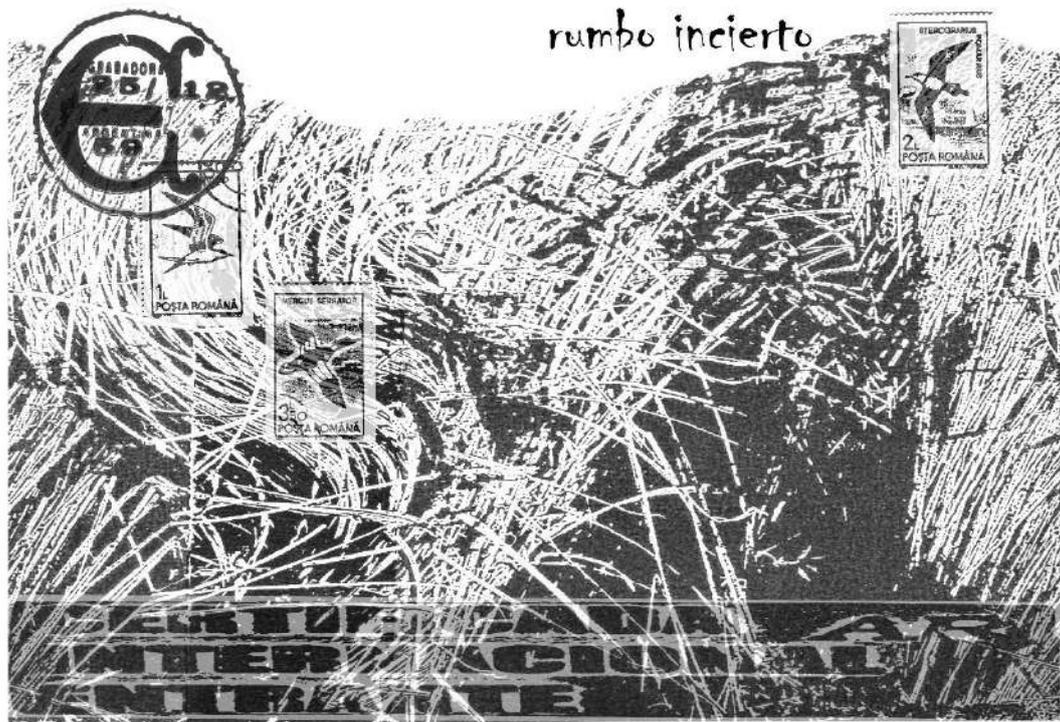
Rippa Laura. *La Quema.* Rosario. Argentina. 2020



Navarro Cortez Ignacio. *El progreso trae muerte*. Ciudad de México. México. 2021

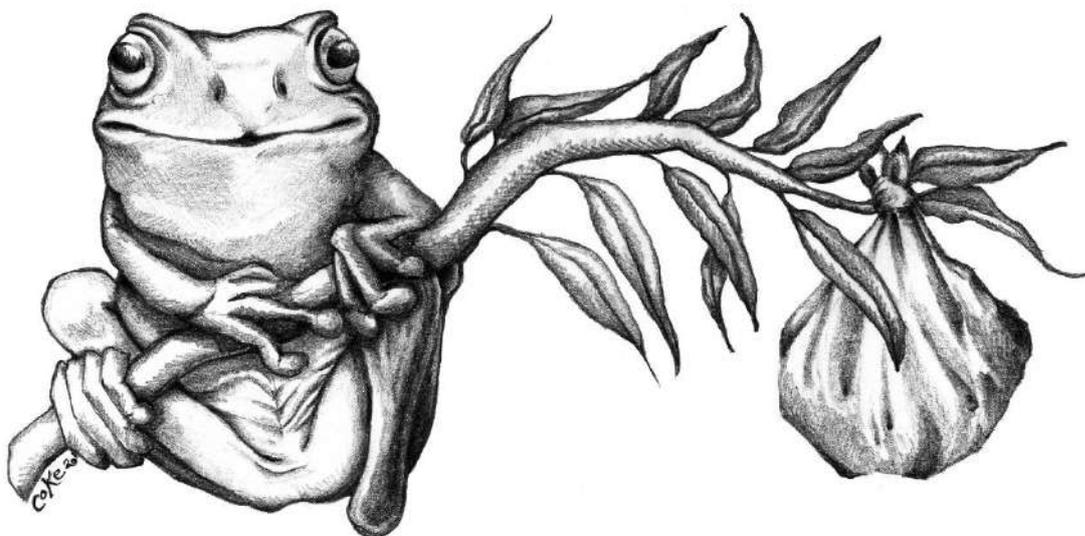


Peral Marcela. *Volver a cuidar....* Rosario. Argentina. 2020

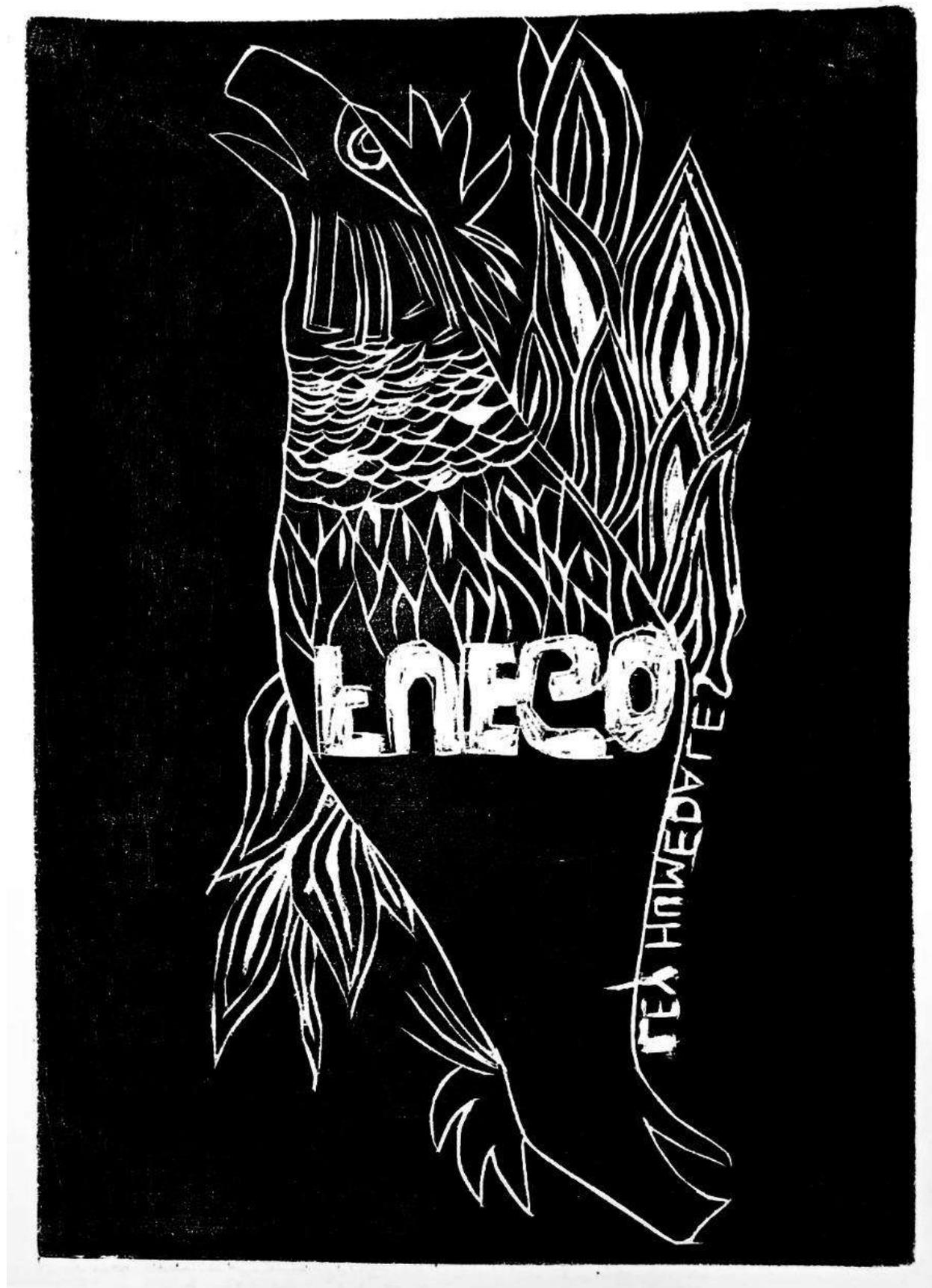


Liliana Esteban-ARGENTINA

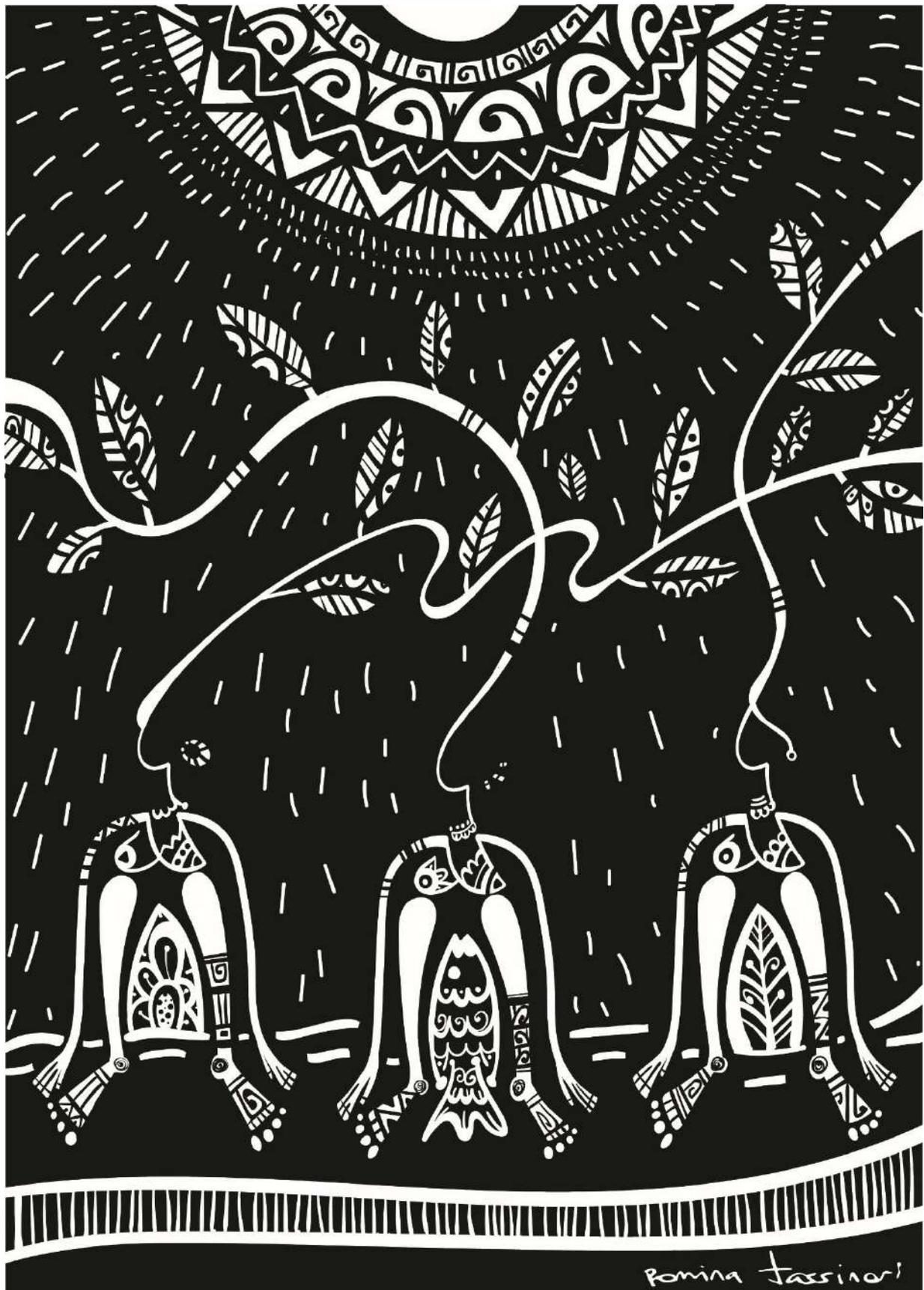
Esteban Liliana. *Rumbo incierto*. Buenos Aires (CABA). Argentina. 2021



Philipp Marcela. *Ley de humedales ya!*. Rosario. Argentina. 2020



Martínez Joana. *Humedales en Llamas*. Rosario. Argentina. 2021



Tassinari Romina. *Reconchar todo de nuevo*. Pesaro (Provincia di Pesaro Urbino). Italia. 2021



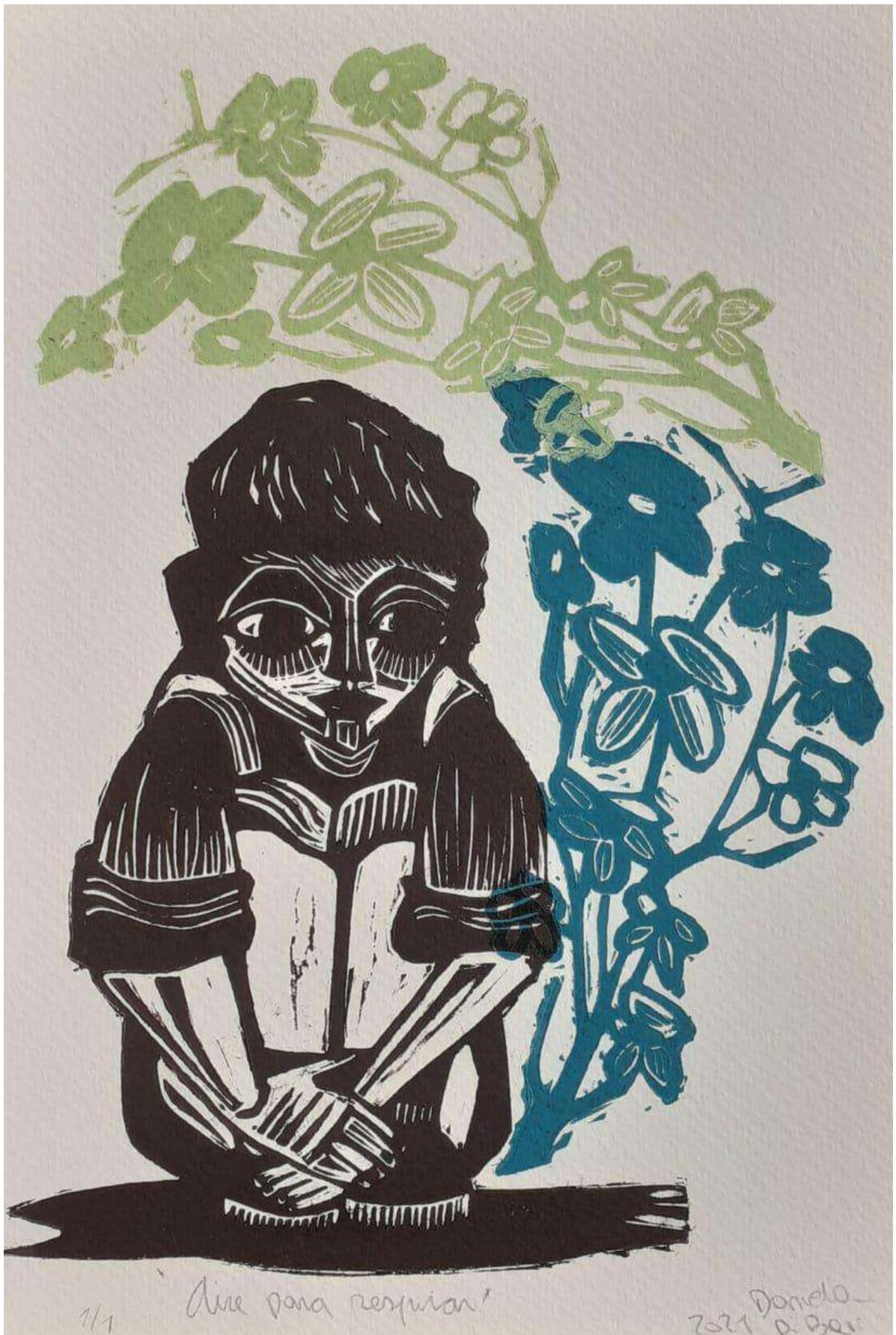
Crespo Gonzalo. *Con estas cenizas*. Ezpeleta. Argentina. 2021



Benítez Fani. *¿Mi hogar?*. Rosario. Argentina. 2021



Molinas Sara María. *Humedal en llamas*. Rosario. Argentina. 2021



Di Bari Daniela. *Aire para respirar.* Buenos Aires (CABA). Argentina. 2021



Cacciatori Caterina. *We thought we could become queens and kings filling air, soil and water with aromatic rings - but it isn't a game of chess and we just made a big mess.* Cremona. Italia. 2021



Blaconá Cynthia - Rodríguez Jimena. Ecos. Rosario. 2021

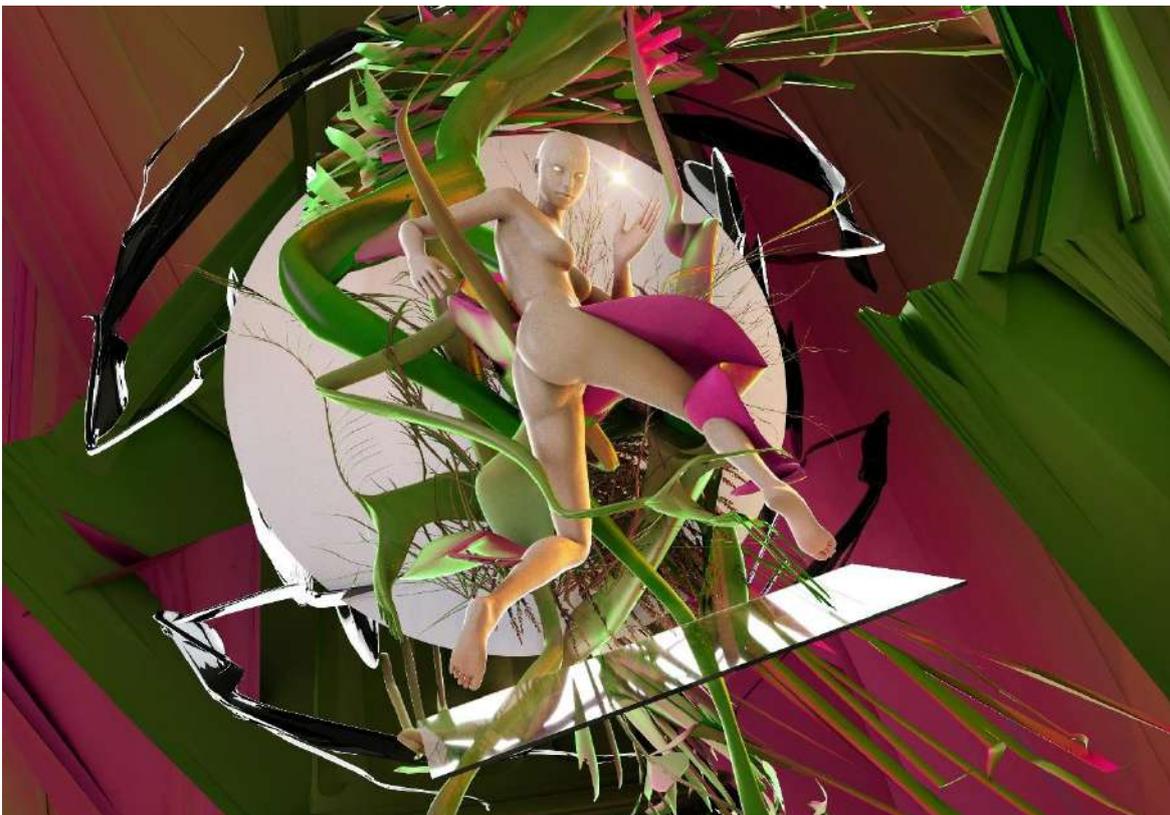
Blaconá Cynthia - Rodríguez Jimena. *Ecos.* Rosario. Argentina. 2021



Galimberti María Soledad. *Pena y olvido.* Rosario. Argentina. 2020



Comunetti Catalina. *Un muerto del futuro.* Rosario. Argentina. 2021



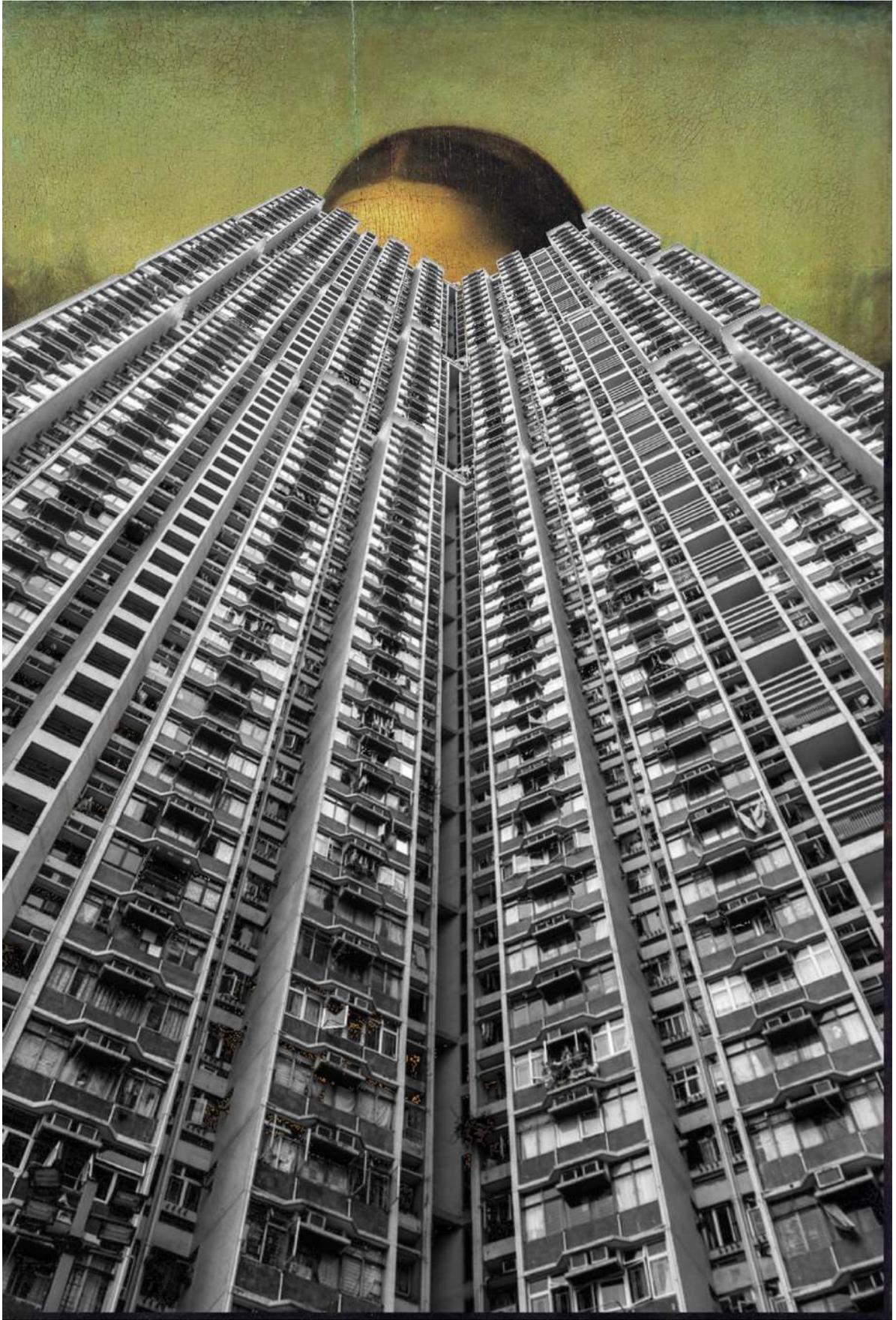
Alexstudio. *Creatura.* Cremona. Italia. 2021



Costa Roxana Haydeé. *Berretta. 2501* (Parte de la Serie *Naturaleza redefinida*).
Rosario. Argentina. 2017



Conforti Florencia. *Antes había mucha agua acá.* Rosario. Argentina. 2020



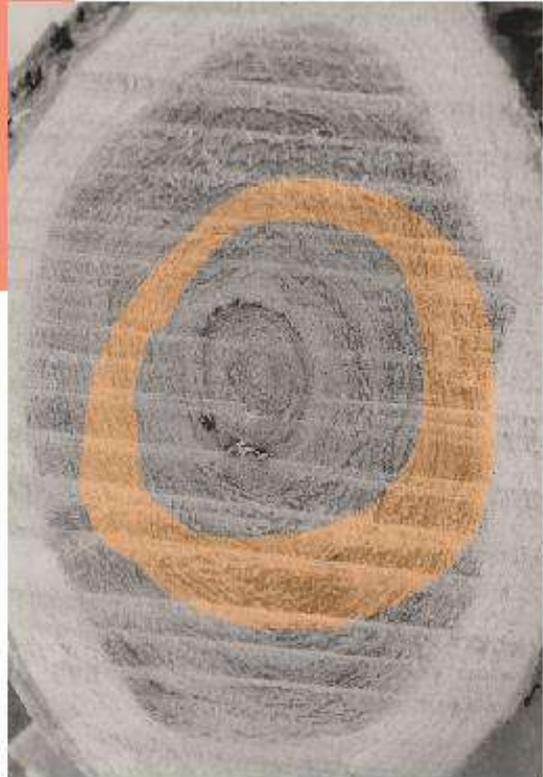
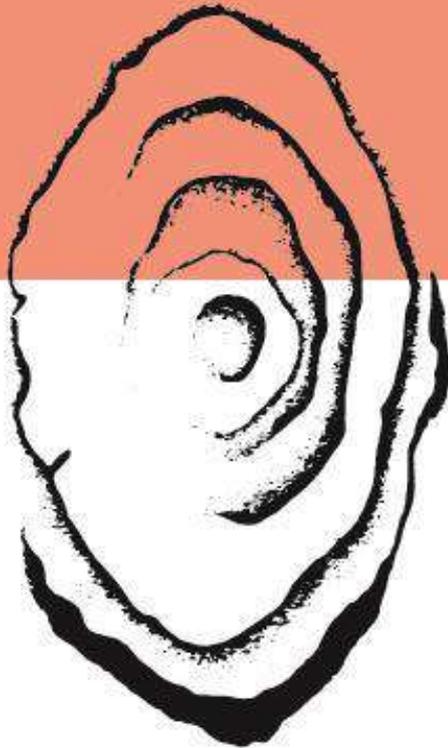
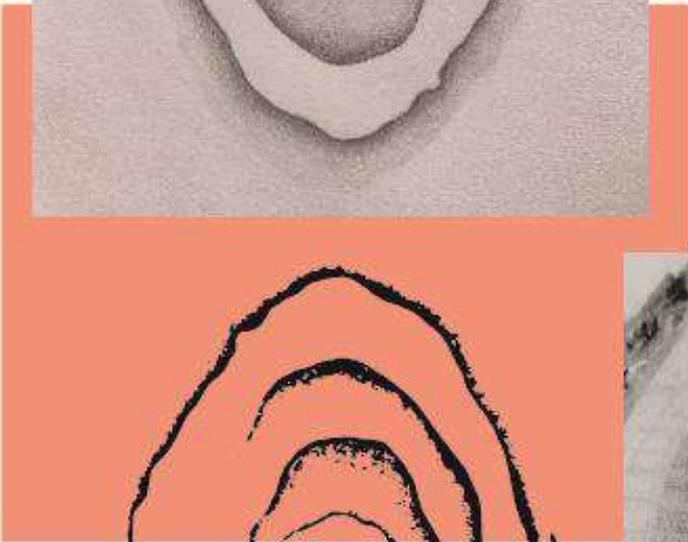
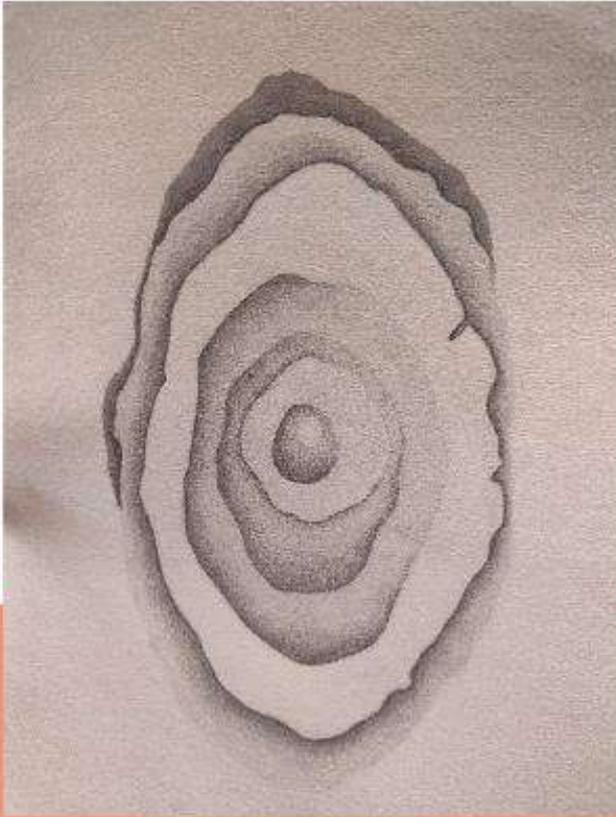
Guarneri Duccio. *Overpopulated Gioconda.* Cremona. Italia. 2020



González Roberto. *Esperanza.* Rosario. Argentina. 2021



Olguin Cristina Andrea. *Naturaleza devastada.* Villa General Belgrano. Argentina. 2021



Antunes Clara. *Sin título*. Rosario. Argentina. 2021



Di Carlo Rodolfo. *Oriri*. Rosario. Argentina. 2021

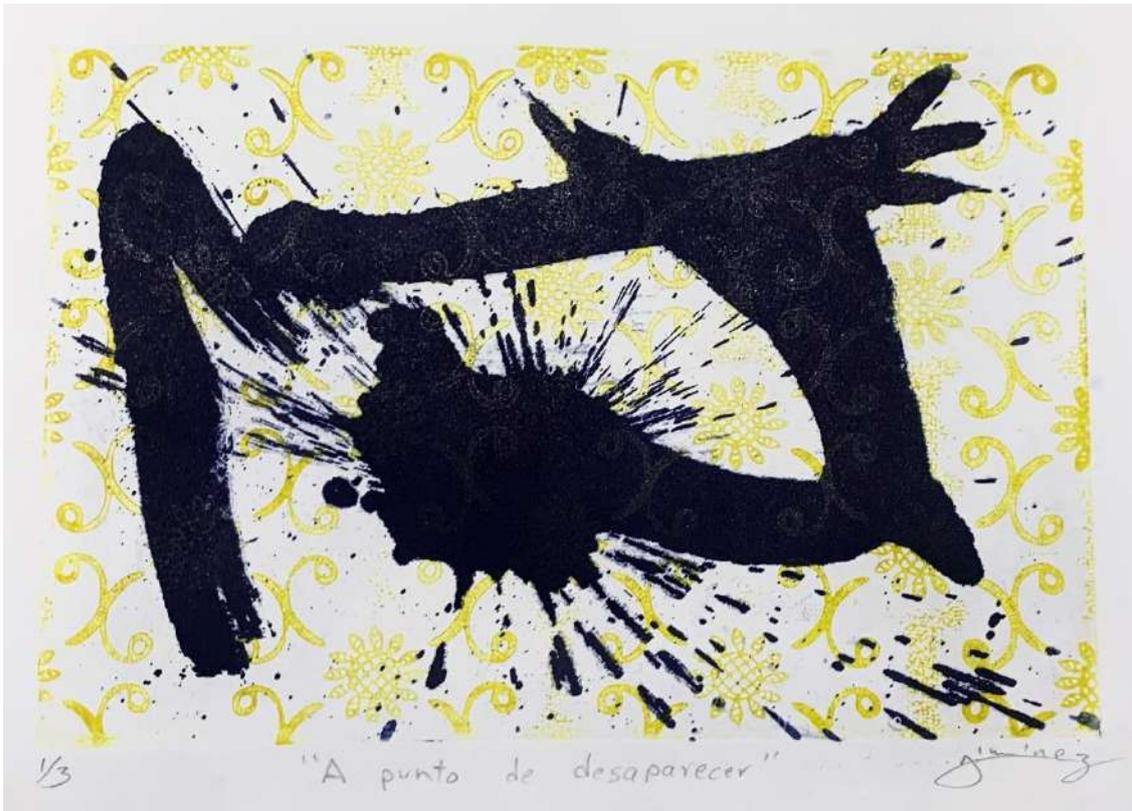


2/3

"Ley Natural"

Paula Caleca

Caleca Paula. *Ley Natural.* Rosario. Argentina. 2019



Jiménezu Luévano Fernando. *A punto de desaparecer*. Zacatecas. México. 2021



Schienke Augusto. *Cyber:)Pach@Mom&Punk* (CyberPachamamandPunk). Rosario. Argentina. 2019



Tamuch Yamile Edith. *La Ofrenda.* Rosario. Argentina. 2021



Sassano Rubén. *Agua del Río.* Buenos Aires (CABA). Argentina. 2021



Castaño Vera Cristian Emanuel - Jáuregui Ermelinda Maribel. *Inmersión*. Rosario. Argentina. 2021

POEMAS

Epitafio para esta Tierra nuestra. Daniel Antonio Illuminati (Buenos Aires. Argentina)

No hay barco
no hay puerto
no hay río.

No hay ave
no hay árbol
no hay nido.

No hay risas
no hay llantos
no hay sonidos.

No hay amor
no hay odio.

No hay calor
no hay frío.

No hay ruta
no hay sitio
no hay camino.

No hay hombres
no hay mujeres
no hay niños.

No hay tristeza
no hay pena
no hay olvido.

No hay derrotas
no hay victorias.

No hay guerras
hay vencidos.

¡Ay!
...silencio
...soledad
...vacío.

APOCALIPSIS AHORA. Matías Castagnino (Rosario. Argentina)

La delgadísima línea que separa
a la civilidad del hombre bárbaro.
Con unas pocas semanas sin energía eléctrica
la humanidad retrocedería más de mil años...
Las guerras civiles. Tan frágil todo y atado con hilos.
Dicen: -sin la provisión de petróleo,
el excedente de población mundial morirá.
Todas las civilizaciones cayeron
y la nuestra fue construida en un callejón sin salida.

La inteligencia artificial en las máquinas de guerra
y el artefacto que decide cuándo matar
y la sonda espacial paleolítica aún.
Visitá la península de Yucatán,
pisá Chichén Itzá y descubrirás cómo se acaba un sueño.

Mi palabra insurrecta, la deforestación de las almas.
La autorrenovación natural de recursos anuales
agotada en el mes de julio
y los días vividos a crédito.
Cuando hablaron de limitar el consumo per cápita
se nos puso la piel de gallina;
subirlo en quienes no acceden a lo necesario
y limitar a los que fagocitan de más.
El hombre tecnológico deberá verse frenado...
una cooperación entre las naciones

compartiendo naturalmente sin que duela
y sin enclaves coloniales.
Aun podemos dar en tanto respiramos.-

El asfalto ultrajado. Eduardo Daniel Valverde (Rosario. Argentina)

a Jorge Kaplán

Asuela el humo
las paredes de nuestra ciudad
vindicada por dulces anarquistas,
cuando el tiempo
era pan crepitante
entre los dientes de mi pueblo.

En el risco
de la Pampa Húmeda,
brillando entre el marfil
de la osamenta ya sin dueño,
la hipérbole de la avaricia,
la exégesis de los bolsillos
que hiende carne proletaria.

El asfalto ultrajado
por la mueca de los rentistas
enmudeció todas las espigas
y llantea por los harapos
la diástole equívoca de la soja.

Dibujando la libertad exacta
con su meñique
avanzarán los hombres puros

y restañarán el azogue
de la patria en clave popular.
Aquí vienen ya
los que siempre sangraron,
los que vistieron aquellos grilletes,
a decir: que viva la mano digna,
vertical,
que la vida sea un terrón repartido,
que desayune, al fin,
toda la especie.

Distopia?. Marlene de Fáveri (Florianópolis. Brasil)

Fique em casa!

Coloque máscara!

Use álcool em gel!

Lave as mãos!

Hospitais abarrotados

Enfermeiros contaminados

Leitos improvisados

Médicos adoentados

Respiradores insuficientes.

Caixões perfilados

Corpos amontoados

Cemitérios lotados

Coveiros cansados

Covas coletivas.

Sacos como mortalha

Sangue nas calçadas

Rabecões de funerária.

Médicos morrem

Enfermeiros morrem

Prefeitos morrem

Pastores morrem

Marceneiros morrem

Deputados morrem

Coveiros morrem

Vendedores morrem

Pescadores morrem

Policiais morrem

Cientistas morrem
Jornalistas morrem
Bibliotecários morrem
Petroleiros morrem
Agricultores morrem
Professores morrem
Crianças morrem
Os velhos já sumiram.

Senadores desaparecem
O “véio da loja” sucumbe
O presidente comete suicídio.

Alimentos escassos
Água contaminada
Respiram-se poluição.
Humanos viram bichos:
Invadem casas e prédios
Arrombam as mansões.
Caçam os mais jovens
Disputam corpos dos vivos
Devoram-se feito leões.

O planeta será chamas
Os animais sucumbirão
O oxigênio será gás tóxico
Até as baratas sumirão
O tempo será passado
O futuro? Será a escuridão.

Maino'i. Rodrigo Villalba Rojas (Formosa. Argentina)

Vino a verme mamá
en alas de colibrí,
las paredes filosas, cuidado con tus alas
yo acomodaba floripones de cables
rosetones de luz,
una tenaza y ella toda zumbidos
hacía una danza angulada
todo este tiempo
que nos mentiste
tratabas de ser como nosotros

nos soy el dios ni hay chamanes
mi corona de flores
liba el colibrí
que vino a verme papá en sus alas
no soy ñanderu tenonde, la gota de cal
pinchaba un alambre oxidado
hacía restañar la herrumbre
mi mano llena de flores negras
de aceite y él todo alas de luz
mis heridas de sangre seca
todo este tiempo
que nos mentiste
tratabas de ser
como nosotros.

Al río. Ariel Navarro (Rosario. Argentina)

El color que supe ver ya no veo
Río mágico que siempre tan sabio,
Vestido en cemento por el saqueo,
Sufre en silencio el moderno resabio.

¡Me están sacando la vida de adentro!
¡Me meten las manos dentro del cuerpo!
¡Y a manotazos, sin remordimiento!
¡Me quitan el aire [ellos] para venderlo!

¿Cuánto tiempo supiste fluir libre?
Ahora acorralado y apurado
Por tus hijos herido y traicionado.

¿Cómo se calmará la sed del pueblo,
sin agua ni tierra que esté latiendo?
Esta palabra atemporal se vence.

Corazones en extinción. Augusto Schienke (Rosario. Argentina)

He visto mundos distantes, con cielos multicolores,
y estrellas que bailaban, en danza con los fulgores,
de amores que siempre anhelaba.

AMOR se escribe con sangre.

Sangre de heridas que nunca cicatrizan.

He visto pájaros posándose sobre los rayos,
de un sol que se burlaba, de los negros cazadores,
que vida siempre mataban.

VIDA se escribe con muerte.

Muerte a los débiles que no tienen para defenderse.

He besado los paisajes, plagados de bellas especies,
que jugaban a ser libres, pensando en la presencia,
de una madre siempre presente.

MADRE se escribe Naturaleza.

Naturaleza extinta en la codicia de muchos.

He visto a un niño llorando en la desgracia,
de ver morir su mascota,
tan sólo bajo sus lágrimas,
que no cesan ni se acallan.

¡ Ay niño ! Si tan sólo supieras,
que los cielos ya no tendrán colores,
y los pájaros volarán bajo las sombras,
al morir el sol que los reinaba.

Y luego ya no le servirán sus alas,
porque muertas estarán sus almas,

junto con los millones de especies,
que desaparecen hasta ser nada.

¡ Ay niño ! Si tan sólo sirvieran tus lágrimas,
para sembrar la **paz**,
en los corazones de los hombres,
que se nutren de maldad.

Niño, escucha. Hay una voz que te llama,
es la voz de tu mascota,
que proviene desde el cielo,
para decirte que no llores, que ya no importa.

"Sólo importan los que han quedado en el mundo.
Esos seres que morirán, sin que nadie los haya amado."

"Encárgate de ellos.
De darles **vida**, no de matarlos.
De darles **amor**, no de odiarlos.
De hacerlos **libres**, no de encerrarlos.
De **protegerlos**, no de abandonarlos."

"Y no te olvides que desde el cielo, yo te sigo amando.
Siempre velaré por tí, y te estaré cuidando."

Camalote. María Guadalupe Ispani (Casilda. Argentina)

Seres animados, seres inanimados
qué diferencia hay con la piedra
la piedra que me tropiezo
la del interior de la lava que se quema en un pájaro de fuego
la de la vez que te fuiste.
Animado.

Mi ánimo no está soplado que algún dios que me diga
pero que me lo diga ya
cómo no ser la piedra
seres animados, seres inanimados
como una piedra de carbón que se hizo del árbol ardido.
Desánimo.

La piedra que me tropiezo es la misma tres veces
acá ya no se puede respirar
todo está incendiado
el pasto, la vaca, la rata, yo
Sin ánimo

En verdad las ratas no,
las ratas se pululan y esconden
en prisiones de cemento cementerios
soy la piedra del cemento de los huesos de bonitas residencias

Sopla el ánimo bajo el hormigón
de un camalote que revienta la cal de las entrañas
de los seres animados que destruyen los palacios
de los seres inanimados.

Los profanadores. Julián Cavallaro (Don Torcuato. Argentina)

Nos escudamos en murallas de cinismo
levantamos paredes y construimos
grandes ciudades en nombre del progreso
cavamos y rellenamos
con la fuerza del hormigón y el hierro
juramos
que todo lo que hacemos
es necesario y pertinente para el futuro
matar para vivir
dicen
los que viven
a orillas de la profanación
mientras la tierra
hiere y cicatriza
todas nuestras estocadas
abraza el fuego que cae desde manos
bañadas en sangre y piedra
destiñe los ríos
fuerza los pulmones
grita en silencio
se regenera en la pérdida
y nos acepta
como una madre que sabe de nuestros errores
y espera
hasta el último momento
que no sea tarde para cambiar
un destino cada vez
más oscuro.

Amaranto. Luciana Andrea Luraschi (Casida. Argentina)

Silaba

cimiento en el sueño de Luz
de la América proteica y solar,
infinito tu ser
Amaranto, kiwicha, Alegría, Huautlí, Inmortal, Quintonil,
de una estirpe guerrera
argamasa noble
de retoños lunares -según una leyenda de Occidente-
Aún más lejos
los hedores de la conquista
prohibieron los figurines de miel de maguey
ofrendados a Huitzilopochtli para la protección,
por competir con la hostia.
Luego
otras garras
otras carabelas
otros venenos
desafiaron tu matriz sagrada.
Sangre. Brillo. Chispa.
Planta que devora imperios.

Las nubes. Nerina Thomas (Rosario. Argentina)

El artista pintaba nubes.
Lo acompañaba la música.
Su mano bailaba un vals
con el pincel elegido
A veces se detenía más tiempo en una u otra.
Ha dejado sus secretos guardados en ellas.

Era su tiempo, partió en esta pandemia.
Nos entristecimos. Nos cuesta soltar.

Él, desde la ternura atesoró.
lo que arriba necesitaría.
Sucede,
que es el dueño de todas ellas.

CUENTOS

Un carpincho en Nordelta. Micaela Belén Silva (Rosario. Argentina)

Hace mucho tiempo atrás, demasiado quizás, tanto que ni siquiera los más viejos lo recuerdan, y si lo hacen, de manera muy vaga y efímera, las historias, que mamá me cuenta antes de ir a dormir, dicen que los campos eran vastos y llanos. Con un verde césped altísimo que nos cubría del calor del sol, ríos y lagunas repletas de peces con los que jugar y un montón de plantas, de sabores deliciosos, que comer. El terreno era amplísimo, lo suficiente como para que todos, incluso mis primos y tíos, pudiéramos echarnos a dormir tranquilos. Mamá nos relata como era pisar la tierra fresca bajo nuestras patas, como la tierra húmeda mojaba y ensuciaba nuestros dedos, muy diferente a lo que es ahora, en donde el barro que pisamos no siempre es solo barro. O también el agua fresca mojar nuestros pelajes mientras podíamos nadar todo el tiempo que quisiéramos. Actualmente es bastante más complicado de lo que me cuenta ella, encontrar agua suficiente para nadar, o siquiera para beber. Según nos relata, las plantas de agua solían ser más ricas que las de tierra, pero más difíciles de encontrar, lo que hacía la tarea más divertida.

Si bien mamá lo dice como si fuera todo perfecto, y lo era, también es cierto que existían muchos peligros de los que debían cuidarse. Al principio solo había que temerles a los gatos grandes, cazadores muy astutos que podían esconderse fácilmente y atacar cuando menos lo esperabas. También a los perros chillones de colas esponjosas, que no eran más grandes que nosotros, pero tenían dientes afilados con los que podían dañarnos. Por otro lado, también estaban las enormes lombrices peligrosas, esas escurridizas se camuflaban en la tierra o en los pastizales y se movían de forma ondulante, haciendo silbidos horribles que aterraban a todos.

La tierra no era la única peligrosa, en ciertas partes también había que cuidarse del agua, en donde grandes y horribles lagartos, con cientos de dientes torcidos y filosos, nos tomaban por sorpresa cuando nos bañábamos o nos acercábamos a beber de las aguas de las lagunas. Y si eras pequeño, como mi hermanita, entonces debías cuidarte de las garras del cielo. Esas siempre sabías cuando venían, porque se escuchaba un fuerte chillido que aparecía de la nada misma y hacía eco por todos lados. Esa era la alarma que te decía que debías correr por tu vida, pero si ya estabas en la mira de las garras, difícilmente te salvabas.

Sin embargo, con el tiempo, los peligros del cielo, la tierra y el agua, ya no importaron tanto, porque aparecieron otras amenazas, más dañinas, que nunca fallaban. Y si lo hacían, te perseguían hasta atraparte y, entonces, ya todo estaba perdido. Según me cuenta mamá, primero aparecieron las ramas con puntas filosas que volaban por el cielo. Luego, ramas mucho más grandes, como troncos, blandidos por gigantes malos y ruidosos. También aparecieron más perros chillones, pero estos eran más rápidos, feroces y gruñones. Sus dientes eran más grandes y aterradores, eran más escandalosos, con voces más graves. Venían de a muchos y siempre respondían a un gigante malo y ruidoso que solo se quedaba observando y gritando órdenes a los perros, quienes eran los que nos perseguían. Más tarde, llegaron las explosiones, las más mortales y traicioneras. Fuertes estruendos en el aire que hacían temblar la tierra bajo nuestros pies, y, por más que corrieras al escucharla, jamás las podías esquivar. Nunca sabías de dónde venían, ni siquiera cuando te alcanzaría. ¡Ni podías verlas! Solo explotaban y adiós todo. Cuando mamá me contó esto tuve pesadillas durante muchas noches. ¡Ojalá nunca me las encuentre! Les tengo terror de solo haber escuchado sus historias.

Es loco, lo sé, pero esto no es todo. Lo peor aún no lo he dicho, y eso es la luz roja caliente. El peor enemigo de todos, no solo nuestro, porque nos afecta a todos, ¡Incluso a los gatos grandes, a los gigantes ruidosos y a los perros chillones! A veces las grandes lombrices y los lagartos grandes tenían suerte, porque la luz roja caliente no llega al agua. Pero todos los demás, si no estábamos cerca del agua, no teníamos mucha suerte. Cuando la luz roja nace, es muy difícil pararla, porque crece muy rápido, mucho más que mi hermanita y yo. Mamá nos dice que cuando veamos una nube negra en el cielo que parece venir de la tierra, debemos correr lo más rápido y lejos posible de ella, porque eso significa que la luz roja está viniendo.

No lo habría creído de no ser porque lo vi con mis propios ojos.

Ayer estaba durmiendo, cómodo entre los pastos de mi hogar, junto a mamá y mi hermanita. Y entonces, durante la noche, uno de mis tíos comenzó a gritar que había una nube negra en el cielo, y que debíamos irnos. Mamá no lo dudó, nos despertó y nos hizo correr al agua. Mi hermanita y yo no entendíamos nada, pero corrimos con ella, y con nuestros tíos y primos. No éramos los únicos que partíamos, también vi algunos conejos y ratones amigos, tortugas que pronto dejamos atrás, pájaros que salían volando rapidísimo, ¡Incluso las grandes lombrices corrían con nosotros sin hacernos daño! Todos teníamos miedo, mucho miedo, nadie sabía que pasaba ni que tan lejos estaba la luz roja, tampoco que tan rápido avanzaba. Y el agua no estaba cerca, porque hace poco las plantas comenzaron a desaparecer y tuvimos que caminar más y más para conseguir comida. La cual no era tan rica, y a veces nos obligaba a salir de nuestros pastos hacia otros lugares donde no nos querían, y eso lo sabíamos porque aparecían los gigantes ruidosos con sus palos y las explosiones en el aire que nos asustaban mucho. Yo no lo vi, porque mamá no me dejó ir, pero ella y papá sí. De hecho, de la última vez que tuvieron que salir de los altos pastos para ir a otros pastos más cortos a por comida, solo mamá volvió. Tristemente, nos contó que escuchó esas explosiones y una atrapó a papá.

No volvimos a verlo.

Lo extraño mucho.

A él y a nuestra casa.

Ya no estamos en ella porque ya no existe, la luz roja caliente se la comió por completo, igual que a muchos amigos, tíos y primos que no corrieron tan rápido. Yo por suerte nado bien y veloz, pero mi hermanita no. Ella es chiquita, y por eso mamá tuvo que ayudarla. Yo quise ayudarla, y a muchos otros también, pero mamá no me dejó, me dijo que solo nadara lo más rápido y lejos que pudiera. Me lo hizo prometer así que eso hice. Fui veloz. Pero cuando llegué al campo sin pasto del otro lado del río y me di vuelta para decirle a mamá que había corrido rápido como ella me dijo, no la vi. Ni a ella ni a mi hermanita.

Esperé a que llegaran, sabía que mi hermanita era lenta, y de seguro se habían retrasado mucho. Esperé toda la noche, y luego también el día. Pero ellas no llegaban. Mi pancita dolía de hambre, más no quería irme, tenía que esperar a mamá y a mi hermanita. ¿Qué tal si aparecían y no me veían? Podrían preocuparse mucho, ¡Hasta perderse! Porque podrían buscarme, alejarse mucho y entonces no vernos más. ¡No podía irme! Debía quedarme a esperarlas, no importaba que tuviera hambre, tenía que esperar.

Pero no llegaron.

Una tía se acercó y me dijo que ellas no vendrían, que era inútil que esperara porque la luz roja las había alcanzado. Yo le dije que era imposible porque la luz no va en el agua, pero ella me explicó que esta vez la luz avanzó muy rápido y por más que no tocó el agua, se comió a muchos que quedaron atrás, incluyendo a mamá y a mi hermanita. Me dijo que ya no debía esperar más, porque no vendrían, y que, en cambio, debía ir a buscar comida. Triste, entendí sus palabras y la seguí.

Ahora marchó con mis tíos en este extraño campo caliente sin pasto. No lo entiendo, es muy distinto a mi casa. Mis patas ya no sienten la húmeda y falsa tierra bajo mis pies, solo piedra caliente que hace doler mis dedos. El agua es muy poca, no es fácil de encontrar y suele tener feo olor, además no hay peces con quienes jugar. Y la comida también es muy poca. La mayoría no me gusta, pero tengo que comerla porque no hay otra cosa y mi pancita tiene hambre. Más eso no es lo peor, lo más horrible de todo esto es que este campo está lleno de gigantes ruidosos que nos gritan y lanzan cosas cuando nos ven, al menos la mayoría. Otros quieren tocarme, se acercan tanto que no sé qué quieren de mí y me aterran. Entonces chilló para defenderme pero ellos me chillan más fuerte y me lanzan cosas que me lastiman o me golpean. Hay muchos ruidos fuertes que me hacen daño y me horrorizan. No hay pasto alto donde poder dormir tranquilo, ni esconderme. También hay muchos perros grandes que intentan atacarnos y otros que nos miran y nos huelen curiosos, y me dan mucho miedo. Además, los gigantes ruidosos tienen nuestra comida, y muchos no nos dejan comerla. Cuando encontramos buenas plantas y nos acercamos a comer, los gigantes ruidosos salen con sus ramas, gritos y explosiones, a corrernos, molestos solo porque queremos comer. Nos asustan, nos espantan, gritan y lastiman. Y entonces solo nos queda comer plantas feas, o cosas que huelen a comida pero cuando las comemos, nos termina haciendo daño. Uno de mis primos enfermó y se fue solo por comer comida mala.

No entiendo este campo. Todo parece ser malo aquí. Y lo que es bueno no podemos tenerlo.

No me gusta.

Quiero irme.

Quiero volver a casa, a mi campo, a mi hogar. Con toda mi familia.

Pero sé que no puedo, porque este ya no existe y ellos ya no están.

No nos quieren aquí, pero ya no tenemos a donde ir o a donde volver.

Entonces... ¿Qué debemos hacer?

Chiquero. Sofía Dobniewski (Buenos Aires. Argentina)

Soñé con un monstruo. Ahora es mi mascota. Lo adopté porque parecía sentirse solo. Parecía, digo, porque siempre merodeaba por las calles vacías y nunca nadie parecía prestarle atención. A veces se quedaba quieto por horas, sin moverse, como si esperara algo o a alguien.

Cada noche tenía ese mismo sueño: una y otra vez me encontraba en mi habitación, fumando un cigarrillo, y veía por la ventana una montaña de basura que se movía. Primero, se agitaba como si despertara. Temblaba un poco y los papelitos de caramelos que estaban sueltos caían al piso. Las latas emitían un tin tin tin al chocar unas con otras. Y después se estiraba tranquilamente, como si se desperezara, antes de desaparecer por los callejones.

Digo que lo soñaba, porque estaba convencido de que no podía ser verdad lo que veía. Sabía que era irreal, totalmente imaginado. Pero igual me fascinaba apreciar como espectador la vida del monstruo, que nunca dejaba de impresionarme: resultaba increíble ver cómo se movía, y cómo cambiaba sus actividades noche tras noche. Un día, caminaba sin rumbo, arrastrando los papeles y las bolsitas que rodaban también sin rumbo por las calles desiertas. Estas quedaban atrapadas entre las botellas rotas, las latas y los juguetes de plástico, y creaban una cola que bailoteaba con el movimiento detrás de él. Otras veces, metía a medias su cuerpo deformado en los tachos de basura de la calle. ¿Qué estaría haciendo? Por más que pegara la cara contra el vidrio, no lo lograba dilucidar. Tal vez buscaba comida.

Y esa era mi rutina. Llegaba de trabajar y me sentaba directamente en la ventana con mi paquete de cigarrillos, que no solía durar más de dos o tres noches. Lo buscaba con la mirada. ¿Dónde estaría ese día? ¿Durmiendo junto al árbol paraíso de la vereda contraria? ¿O se habría escondido detrás del galpón? ¿Quizás estaba con los perros callejeros que siempre lo seguían cuando paseaba? ¿O sentado bajo el farol, mirando el atardecer?

Pero un día, por más que lo buscaba de lado a lado de la calle, no estaba. Por un momento, pensé que quizás se había mudado, que ya no vivía bajo mi ventana, ni detrás del camión abandonado, ni junto al árbol. Exhalé el humo despacio, y sonreí de mi propia ingenuidad. Si ya no estaba, no era porque se hubiera mudado, sino porque ya no lo imaginaba. Todo aquello estaba en mi cabeza, ese es el único lugar del que el monstruo podía irse.

Dejé caer la ceniza del cigarrillo en la alfombra, apagué la colilla en el plato con los restos de spaghetti recalentado y dejé escapar mi aliento negro por la ventana. El humo se disipó en el aire, yendo a parar a todos lados, a no sé qué pulmones que fueran a inspirarlo. Me pregunté mientras me desvestía qué haría ahora que el monstruo se había ido. Sentía la falta de aquel ser hecho de metal, cartón mojado, plástico y papel. Parecía tan solo, tan abandonado. Su única compañía, los perros del barrio, iban y venían, lamían los trozos de comida que aún quedaban en el cuerpo del ser, masticando y hasta arrancando trozos. Pero no parecía importarle.

Me hubiera gustado haber podido hablar con él, hacerle compañía. Tal vez tenía frío, sentado solo en medio de la calle. Tal vez se aburría. Hubiera sido perfecto poder compartir un momento con él. Al menos así, yo no estaría tan solo. También quería saber cómo había nacido, qué lo había creado. Me preguntaba cómo se sentía estar hecho de historias ajenas, de basura de otros. Porque eso era: una montaña de cosas que se habían reunido al azar, por la cercanía tan impredecible. Habían pertenecido a alguien, cumplieron su función, o se rompieron antes de

tiempo, y las desecharon. En el peor de los casos, se habían perdido por el camino o las habían abandonado. Y así había nacido el monstruo; esclavo de todas las tristes historias, abandonado por naturaleza, inútil por su falta de función. Estorbo por su mera existencia.

Aquella noche me dormí imaginando qué le habría dicho, o qué habría hecho, si lo hubiese tenido ante mí. Caí en un sueño profundo ese día, tan profundo como no había dormido en meses. Y fue así como descubrí que el monstruo no era parte de mi imaginación. Porque esa noche soñé. Soñé de verdad. Yo nadaba por un río de agua cristalina, que corría vigoroso por el valle. Floté hasta la orilla, y cuando salí, divisé un conjunto de casas muy hermosas, aunque totalmente distintas entre ellas. Los vidrios eran cuadrados en algunas, redondos en otras. Uno tenía una ventana triangular, y otro usaba las bases de las botellas de vidrio. Entorné los ojos y presté más atención. Parecían hechas de barro, algunas de adobe, y otras de madera, pero todas tenían una cosa en común: plantas en el techo. Caminé hacia ellas y comprendí que eso no eran simples plantas que cubrían las casas, sino huertas. Casi pensé que estaban abandonadas, porque en aquel lugar emanaba paz y armonía. No había luces en las calles ni estruendosos sonidos como los que escuchaba desde mi habitación cada mañana, cuando la vida comenzaba en la ciudad. Sin embargo, esa ciudad estaba viva, por dentro y por fuera. No eran ruinas, ni estaba abandonada. Todo estaba cuidado y en perfecto estado.

En ese momento, escuché el característico tin tin tin que ya conocía bien: me giré y vi al monstruo de la basura correr en mi dirección a toda velocidad. Al verlo, una euforia se apoderó de mí. Al fin podía acercarme a él, sentarme a su lado a esperar, preguntarle cómo era ser un monstruo de cosas recolectadas. Corrí a su encuentro, y pronto empecé a sentir el olor putrefacto que emanaba. Eso no me detuvo, pese a que pronto comencé a marearme y a perder el aliento. No podía respirar ante el sofocante olor ácido y orgánico. Tuve que parar a la fuerza, incapaz de seguir moviéndome, envuelto en el vaho pesado, que parecía envolverme y ralentizarme cuanto más me acercaba.

Fue entonces cuando una planta carnívora gigante salió del suelo y lo engulló completo, masticando los trozos y desarmándolos en pedacitos, hasta que ya no quedó nada. Miré con horror la escena ante mis ojos, sin poder hacer nada. Abrí la boca, en shock, sin saber qué decir. Por eso me sorprendió el aullido que salió de mi garganta, un alarido que no era en absoluto humano, ni que parecía pertenecerme. Sin embargo, lo sentí tan real que me devolvió a realidad. Desperté sobresaltado, presa del pánico, sudoroso y maloliente. Me revolví en la cama, enredado entre las sábanas, y corrí a la ventana, buscando involuntariamente ver al monstruo, esperando encontrarlo y que su presencia me tranquilizara.

Para mi sorpresa, allí estaba, sentado bajo mi ventana, hurgando en la basura. Decidí que no podía quedarme solo observando esta vez. Tomé unos pantalones y unas zapatillas, me envolví en una manta y salí. Caminé hasta él, y frené a medio metro. Era mucho más real cuando lo tenía frente a mí. Ya no parecía un mero producto de mi imaginación: se podía leer las etiquetas de los paquetes, las fechas de vencimiento de las latas abolladas, incluso la marca de algunas prendas de ropa atrapadas en su cuerpo. El olor también era considerable. Olía a mugre, a comida mohosa y rancia. El ser no parecía notar mi presencia: se mantuvo con toda su atención puesta en el tacho frente a él.

Sentí la necesidad de tocarlo, de apreciar al tacto su existencia. Me acerqué despacio, consciente de cada movimiento, de cada músculo que movía. Estiré un brazo, sostuve la manta con el otro. Dí un paso. Luego otro. Sentía el frío como cuchillos en mi piel. Di otro paso más, y posé mi mano sobre un peluche sucio y rasgado.

En ese instante, la bestia se posicionó frente a mí, dejando el tacho a sus espaldas. Lo miré sin decir nada, aún con la mano en el aire, sin ser siquiera capaz de moverme. Y de pronto, sin previo aviso, emitió sonido:

—¡Guau!

Di un salto hacia atrás, sin poder creer lo que veía. Volvió a repetir:

—¡Guau, guau!

—No puede ser —susurré— es un perro.

Comencé a quitar poco a poco la piel del monstruo. Le arranqué latas, cartones, hojas de carpeta, papeles de chicles, envoltorios. Y finalmente llegué a un viejo perro negro, de pelo lleno de nudos y basura enredada.

Al quedar semidescubierto, movió la cola y me ladró excitado, alentándome a seguir. Llegué por fin a él, y noté que estaba envuelto en la cintura por restos de una lona rota, donde el resto de la basura había quedado atrapada con el tiempo. Lo desenvolví y miré a nuestro alrededor. Aquello era un verdadero chiquero.

El animal movió la cola agradecido, libre al fin del monstruo de la basura. Se acercó a mí y ladró insistentemente, hasta que lo acaricié.

—Seguro tenés hambre. Vamos a casa, Chiquero.

El sentimiento de haber nacido entre el yuyal. Carla Leonela Zambito (Rosario. Argentina)

No importa cuántas veces lo piense, como decía mi madre: «Lo hecho, hecho está». Así empezaré contando momentos importantes de mi vida y justificando el porqué junté fuerzas para narrar mi historia.

De antemano pido disculpas, mi nombre no puedo recordarlo. Tal vez ya soy muy grande para hacerlo. Quizás lo susurró mi madre en esa gran ceremonia el día que abrí los ojos al cielo, y vi entrar el brillante sol que chocaba mi cabello y nutría, de alguna manera, cada parte de mis fibras, me hacía crecer fuerte y echar raíces profundas a mi suelo firme. Las mañanas eran frescas, el viento siempre estaba cerca. La brisa tocaba mi cara acariciándola y haciéndome sentir que nada era más puro que ese aire. ¿Saben cuál es la sensación de la que estoy hablando, cuando el sol te hace cosquillas en la cara pero no logra quemarte? Estás ahí, sentado, entrecerrando los ojos y levantando la mano para alcanzar al cielo, sin poder tocarlo, como en un estado de trance, donde no sentís frío ni calor, pero tenés una sensación única de paz, sabiendo de que todo el pesar en tus hombros se libera en ese suelo gustoso que te hace conectar con tu interior. Escuché por ahí que esa apreciación solo ocurría en la primavera, pero estaba tan acostumbrada a estar entre las hierbas frescas formadas por matices de colores verdes (como la piedra esmeralda) y marrones (como las casas de los pájaros), que para mí todas las estaciones eran la misma. No importaba si era verano o invierno, el sol era un regalo que atesoraba en mi cara, en mi interior y en cada parte de mi cuerpo.

Sobre mi infancia no puedo lamentarme, había sido bendecida por el cielo. Entre todo ese yuyal decían que era la más favorecida. Eso susurraban mi querido Ñandubay, mejor conocido para mí como mi abuelo Cayetano y mi tío el Tala, que se llamaba Antonio. Tengo esa conversación de ellos dos en mi cabeza aun hoy en día. Amaba escuchar sus relatos llenos de sabiduría y sus formas de ver lugares donde mi altura no permitía hacerlo:

—La niña es y será siempre un regalo del cosmos, ¿cómo podría explicarse que nació con el sol en su cara cuando estamos acostumbrados a tanta humedad? No es porque es mi nieta que me jacto de hablar tan bien de ella, es que simplemente no puedo explicar con palabras lo que demuestran los hechos. Estamos en un humedal, donde hacemos un esfuerzo por retener y almacenar el agua, y ella... simplemente nace en el día más cálido que jamás existió.

—Lo sé Cayetano, lo sé, ella es tu única nieta a quien más amas en el mundo y de quién dejas tu lado sensato para llenarte la boca de orgullo, —le decía mi tío Antonio.

—No, no solo es por eso. Es porque entre tanta diversidad y la belleza natural que nos da este paisaje nunca habíamos tenido un acontecimiento similar, donde el sol está más presente que la lluvia y donde el frío se hace a un lado para dejar pasar el cálido regalo de sus rayos.

—Tú qué piensas pequeña? —me decía mi tío.

—No sabría decirte tío, eso que piensan ustedes está en sus sentimientos más puros de antes que yo pudiera entender por qué tuve que nacer justo aquí, en este lugar.

Podría decirse que mi abuelo era un hombre de corteza dura e incorruptible, sabio por naturaleza y muy firme en sus convicciones. Mi tío Antonio, por otro lado, era alto y charlatán. Paradójicamente, sufría de asma, justo él, que sus pelos al caer eran para tratar afecciones respiratorias; eso lo había escuchado de unos vecinos cuando venían a juntar lo que ellos llamaban “hojas” que caían en sus pies. Me parecía hasta gracioso que la desgracia de mi tío fuera la medicina para otros.

Honestamente, no podría imaginarme ser de otro lugar. Mi familia siempre se hallaba junto a mí, donde yo miraba ellos estaban. Eso me hacía sentir de alguna forma protegida. Escuchaba decir a mis amigos y amigas que ellos estaban cansados de estar con sus padres y hermanos. Pero mi

realidad era distinta, no pensaba ni por un segundo que podía huir, de hecho, me sentía muy arraigada a estar junto a ellos.

A mis amigos los conocí estudiando, éramos todos del mismo lugar, por lo cual no tenía que estar muy lejos de mi casa para aprender del mundo. Mis dudas e inquietudes surgieron cuando empecé a crecer y pasé de ser una chiquilla que el viento sacudía a una adolescente con un cabello tan rojizo como el mismo jade rojo. Esa piedra representaba muy bien mi manera de estar parada en ese momento en el mundo. Todos los días me impulsaba y convencía a tener una voluntad única y, a pesar de mis miedos, de seguir con mi vida.

Como cualquier adolescente, tuve amores pasajeros hasta que llegó mi verdadero amor y el causante de que hasta hoy no pueda olvidarlo. Pero antes de hablar de él, me gustaría contarles de los dos primeros, porque sé que al interiorizarse en ellos van a comprender mi decisión final.

Mi primer amor era lo más nuevo y refrescante que me había pasado. Me enseñaba todo lo que no sabía; su nombre era Eros, como el dios mitológico... su mención no viene al caso, pero sí la similitud de su accionar. Era inteligente y tenía mucha astucia y una habilidad única para adaptarse a todos los cambios que por ese entonces surgían. Eso era lo que me gustaba de él, siempre me traía un obsequio y lograba hacerme sonrojar, aún más que mi propio cabello. Mis familiares no lo apreciaban mucho, decían que era un zorro que podía traicionarme, sin embargo, cuando vinieron extranjeros a cazar toda su familia, mi madre albergó a los pocos que quedaban de su manada. Incluso a él, acobijándolos y protegiéndolos entre sus brazos. Mi familia, al final, tenía razón... no era de confiar, sus palabras eran como dagas que entraban en mí. Me había hecho comprender que, a pesar que uno pueda amar con todo su corazón, era mejor alejarse de quien nunca iba a valorarme.

Mi segundo amor era un poco más sensato, divertido y espontáneo. Se quedaba por horas de mi mano y siempre lograba hacerme sonreír. Su figura era tierna y tenía piernas largas y esbeltas y un cuello largo, largo. Su caminar era majestuoso, aun entre el agua vercosa, su tacto con el riachuelo era tan suave que parecía que flotaba entre el aire y la naturaleza que lo rodeaba. Ser su novia representaba salir con la criatura más blanca nunca vista antes y sumamente graciosa cuando abría su pico para decir cosas. Su nombre era Ezequiel, pero nosotros le decíamos cariñosamente "la garza". Era demasiado bueno para mi gusto, no estaba acostumbrada y siempre dudaba de sus intenciones. Eso hacía poner en tela de juicio todo lo que me decía. Poco a poco, fue logrando entrar en mi corazón y éramos felices, pero sentía que algo faltaba y terminé aburriéndome. Por suerte, Ezequiel era tan bondadoso que incluso terminamos en buenos términos. Parecía hasta diplomático su adiós.

Con el pasar de los tiempos, venía triste porque pensaba que nunca iba a encontrar mi otra mitad. Podía ver a mis amigos enamorarse sin importar si eran de la misma especie o no encontrar su par. Se amaban, se amaban y se elegían. El sentimiento para describirlo era como cuando no te importa el qué dirán sino lo que sentís en tu interior y ese deseo es el que nadie puede quitarte. Presenció flores que se enamoraban de flores y árboles que se enamoraban de los árboles. El amor estaba representado por lo que el otro te hacía sentir despejando cualquier duda de si era o no la persona correcta.

—El amor Siempre será amor para quien mire desde el corazón —decía mi madre. Y creo que tenía razón.

Cuando estaba ya por rendirme, llegó él. Sus páas al sol brillaban como el escudo de Aquiles. Cuando entraba y salía del agua, lo hacía con una gracia única que, para mí, era lo más parecido a un dios que iba a ver en mi vida. Sus ojos eran verdes como el pasto más frondoso de esta tierra mía. Eran verdes, verdes como la misma esperanza que teníamos de ser felices juntos. Pero lo que más me había enamorado de su ser eran sus grandes dientes separados. Esa era su mayor virtud, podía roer

cualquier adversidad que se opusiera entre nosotros. Su nombre era Piero; amaba ese nombre, amaba todo de él. Era fanfarrón y arrogante, y decía saberlo todo (yo sabía que no era posible que lo supiera todo a su corta edad), pero lo amaba con tantas fuerzas que solo su manera de hablar (en donde se hacían visibles sus dientes) era motivo suficiente para que yo entendiera que, aunque no lo sabía todo, estaba cerca de hacerlo. Fue el primero que me hizo brillar con mi propia luz. Me decía siempre:

—Te considero como un símbolo de pureza y dulzura, indomable y altiva, con un corazón apto para la rebeldía. Tus pelos rojos son mi sedante natural y el narcótico más dulce. Eso hacía que me sintiera linda y brillante, que pudiera abrir mi cabeza para que toda la luz pudiera entrar y hacerme relucir siempre para mí misma y que él pudiera ser parte de eso conmigo. Estuvimos mucho tiempo juntos, tanto que llegamos a conocer a nuestras familias. Su mamá era divertida y llena de magia, le gustaba armar obras con sus patas, las llamaba “el arte del carpincho”. No importaba cuantas esculturas hiciera, todas tenía el mismo nombre. “Su papá era un bohemio”, decía mi abuelo. Su hermano mayor componía melodías en la oscuridad (ahí, el arte que venía desde su familia surgía con mayor fluidez). Aun así, Piero no se parecía a ellos. No le interesaba nada de eso y era más racional. Se preocupaba por cosas como “por qué tanta gente venía a nuestro lugar” y si de alguna manera podía evitarlo. Nuestras charlas eran siempre sobre cómo alejar a lo que él llamaba “salvajes”, que destruían todo el arte y lo majestuoso de nuestro lugar. No quise notarlo en ese momento. Pensaba que lo que decía era algo pasajero, algo propio de un estado gruñón por defender su lugar, pero tristemente, tenía razón. Cada vez que venían estas criaturas altas y diferentes a nosotros dejaban daños irreversibles en nuestras familias y hogar.

Nunca había visto tanta atrocidad como el día que le arrancaron los cabellos a mi tío Antonio y tuve que ver como lloraba en silencio, pues era de otra generación y él creía que llorar y gritar delante de los demás no era bien visto. Si mi tío supiera que podía gritar todo lo que quisiera, no habiéramos permitido tanto dolor. Vi desaparecer amigos juntos a sus familias. Se los llevaban o simplemente los ejecutaban antes nuestros ojos. No podíamos permitir más eso, el humedal juntó fuerzas con los pocos que quedábamos y armamos una junta para ver si podíamos movernos de ahí antes que más familias y amigos fueran dañados. Pero no todos teníamos la facultad de poder huir. Algunos estábamos arraigados al suelo y lograr abandonar ese lugar implicaba un futuro incierto donde no sabíamos si podíamos echar raíces luego. Mi familia fue de las pocas que decidió quedarse y luchar contra estas especies distintas a la nuestra y dañinas.

Recuerdo ver a Piero con los ojos llorosos, que parecían el mismo río que nos cobijó tantas veces, porque tenía que tomar la decisión de abandonarme. No, no era un cobarde. Tuvo que alejarse, era lo más sensato. Fui yo quien no pudo seguirlo. Llegué a dudar de mí misma, si dejar todo para acompañarlo y comenzar una vida junto a él. Pero dentro de mí sabía que si me iba era el mayor acto suicida que ni los grandes amores novelescos y fallidos podían haberlo hecho ni pensado jamás. Por suerte fue uno de los pocos que pudo escapar junto a su familia antes que estos seres despreciables empezaran a quemar nuestras casas, nuestra flora y nuestro espíritu. Las últimas palabras que me gritó y que atesoraré por siempre fueron “Te amo”. Esas simples cinco letras hicieron que en forma de anestesia entrarán en mi espíritu, que ya se sentía lleno de rencor, y pudiera imaginar un futuro antes de volverme polvo.

Comprendí que todo lo que decían mis cercanos era cierto. Nos llamaban “salvajes” por nacer aquí en el yuyal, yo les digo salvaje a ellos por quemar nuestro hogar. El fuego se esparció y fue convirtiendo en cenizas todo lo que tocaba. A mí, cuya flor era nacional, me tocó ver mis hojas arder y pensar que hay un cielo que observa esta crueldad y con una especie de justicia hará llover.

Ofrenda. Hugo Díaz (Rosario. Argentina)

Tamara miró el amanecer llenando cada rincón vacío de la casa en el mismo orden con el que se aguanta la náusea o un dolor anunciado. Se asomó a la ventana y respiró el olor a junco y a pescado pudriéndose que desprendía el río. No siempre fue así. Antes el perfume que llegaba a ella durante el día era como de flores silvestres, a madera mojada con un principio de alguna comida horneándose ya casi a punto y a la noche el viento traía algo parecido al vapor un tanto pesado que sale de los fondos de los brocales ya sin uso.

No pudo negarse al cielo de colores remolinados que iban del rosado al violáceo vertiéndose en un azul fino un poco cristalizado. Luego apuntó directo al sol. El brillo dio el efecto de inflamarle el iris hasta pulverizarlo. En la momentánea ceguera experimentó un alivio, un lugar deshabitado y profundo que la contuvo. Al aclararse todo con eléctricos reflejos sintió frío por un instante. Antes de cerrar la ventana lo vio sentado en un tronco con la cabeza levantada como especulando algo o respirando el aire pesado del mediodía.

Sin embargo, el hombre no especula nada; puede que estuviese triste o enojado, emociones que nunca supo manifestar con distinción, por el hecho de tener que marcharse y abandonar la casa de la isla.

En la última temporada no había parado de llover y el río había crecido con peligro de inundación. La orden de las autoridades era evacuar. Para los próximos días se esperaba más lluvia y el desbordamiento era inminente. Tamara clavó los ojos en las cajas embaladas, forradas de una cinta transparente, viscosa y algo arrugada. La noche anterior había intentado convencer a Guillermo, el hombre que en ese momento contemplaba el paisaje absorto en el color amarillento del día, de quedarse y esperar; los pronósticos podían fallar o cambiar y las cosas saldrían bien. Pero no sucumbió a ninguna tentativa. Se marcharían con Milo, el bebé recién nacido, a la ciudad.

Hizo memoria de los días en los que deseó ser isleña. El recuerdo le devolvía imágenes como soñadas de mañanas diáfanas mirando veleritos verdes o rojos navegando en el río, y un hijo jugando en una vegetación fresca armonizando el paisaje. También volvió a su presente una leyenda de los antiguos habitantes de la isla que leyó una y cien veces una tarde de verano envuelta en un aroma acre proveniente del asfalto caliente. La historia contaba que, para detener la expiación y furia de los dioses, el guerrero más fuerte de la tribu se entregaba en forma de ofrenda y, junto a la caída del sol, se hundía hasta desaparecer en las aguas marrones del río. Luego el bienestar y la bonanza se extendían en la población.

Alzó al bebé que había comenzado a llorar, lo meció entre los brazos hasta que los chillidos fueron mermando. Mientras lo envolvía con una manta le habló con palabras cortadas que repetía en forma de rezo como tratando de capturarlas y comprenderlas. Salió de la casa. Caminó hasta el río y lo dejó dentro del bote que empujó con fuerza para que tomara la corriente. Guillermo lanzó gritos y corrió hacia ella. Tamara pudo identificar el sentimiento de valor sin vacilación en la cara del hombre antes de arrojarse al agua. Lo vio nadar con violencia sin poder alcanzar la barca y hundirse cuando el crepúsculo nacía.



DIRIGIDA A artistas, colectivos, aficionados, interesados y público en general de toda el mundo.
 Todos los idiomas. 6 veces y Mágica Ocho. Incitación 500 del lugar que.
 Envío de o clár y o clár. Incitación 500 del lugar que.
 Envío de o clár y o clár. Incitación 500 del lugar que.
RESERVA SU ESPACIO
 hasta el 30 de mayo de 2014.
<http://www.cecainfo.org>
<http://www.cecainfo.org>



INDIRIZZATA A artisti, collettivi, persone interessate, professionisti e dilettanti, pubblico in generale di tutto il mondo.
 Proibito il ripiego in qualsiasi tipo di formato grafico. In bianco e nero e colori.
 Incisione di base 500 del luogo che.
 Envío de o clár y o clár. Incitación 500 del lugar que.
RESERVA SU ESPACIO
 hasta el 30 de mayo de 2014.
<http://www.cecainfo.org>
<http://www.cecainfo.org>

Gigena, Gonzalo Hernán (diseño de AFICHES)



ISBN 978-987-45578-8-9



9 789874 557889